

DÍA 1

LA INTERCESIÓN FERVIENTE



La oración es el latido del ministerio de los discípulos en todas sus hazañas de fe del libro de Hechos. Se reunieron durante diez días y buscaron fervientemente la promesa del Espíritu Santo (Hech. 1:14). Tres mil conversos se les unieron “y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hech. 2:42). Recurrían a su mejor amigo Jesús, que estaba a la diestra

del trono de Dios, cuando enfrentaban obstáculos abrumadores y “el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuevo la palabra de Dios” (Hech. 4:31). La iglesia primitiva escogió diáconos para que los apóstoles pudieran persistir “en la oración y en el ministerio de la palabra” (Hech. 6:4). Pedro oró, y Dios abrió una puerta para alcanzar a los gentiles. Toda la iglesia intercedió, y el após-

tol fue librado de prisión en forma milagrosa (Hech. 10, 12).

La experiencia de oración en el aposento alto inició una vida de oración para todo el ministerio de los discípulos. Mediante la oración, desarrollaron corazones confiados. Mediante la oración, establecieron una actitud de dependencia del Todopoderoso. Mediante la oración, reconocieron su debilidad y buscaron la fuerza de Dios. Mediante la oración, admitieron su

ignorancia y buscaron la sabiduría de Dios. Los discípulos reconocieron abiertamente sus limitaciones y clamaron por su poder infinito. Reconocieron que nunca podrían alcanzar al mundo con el evangelio sin la presencia y el poder del Espíritu Santo obrando a través de ellos. Pentecostés fue el resultado de una intercesión sincera.

LA ORACIÓN: EL CANAL DE LA BENDICIÓN

Mediante la oración, abrimos nuestro corazón a todo lo que Jesús tiene para nosotros. Desnudamos nuestra alma para recibir la plenitud de su poder. “Orar es el acto de abrir nuestro corazón a Dios como a un amigo. No es que se necesite esto para que Dios sepa lo que somos, sino con el fin de capacitarnos para recibirlo. La oración no baja a Dios hasta nosotros, sino que nos eleva hasta él” (*El camino a Cristo*, p. 92). En todas las relaciones saludables existe el deseo de comunicarse con la persona que apreciamos. La oración abre nuestro corazón para hablar con Dios así como lo haríamos con un amigo íntimo o un compañero. El aposento alto era un lugar de comunión con Dios, un lugar donde los discípulos oraban individualmente y se unían en oración colectiva. Ellos “se reunieron para

presentar sus pedidos al Padre en el nombre de Jesús. Sabían que tenían un Representante en el cielo, un Abogado ante el trono de Dios. Con solemne temor reverente se postraron en oración, repitiendo las palabras impregnadas de seguridad: ‘Todo cuanto pidieren al Padre en mi nombre, les dará. Hasta ahora nada han pedido en mi nombre: pidan y recibirán, para que vuestro gozo sea cumplido’ (Juan 16:23, 24). Extendían más y más la mano de la fe, con el poderoso argumento: ‘Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, quien además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros’ (Rom. 8:34)” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 29).

Nosotros también tenemos un representante en el cielo que nos invita a llevarle nuestras cargas. Tenemos un amigo en el trono de Dios que nos insta a presentarle los anhelos de nuestro corazón. También podemos reclamar sus promesas. También podemos extender nuestra mano cada vez más alto. También podemos pedirle que nos conceda el don celestial más inestimable: el Espíritu Santo. Él nos invita a ir al trono ahora para reclamar estas preciosas promesas.

En el gran conflicto entre el bien y el mal, la oración es un arma poderosa para vencer al ene-

migo. Uno de los principios fundamentales del universo de Dios es la libertad de elección. Dios nunca forzará nuestra voluntad. Nunca nos manipulará para que le sirvamos. Aunque diariamente obra en nuestra vida impresionándonos mediante su Espíritu para que tomemos decisiones correctas, su participación en nuestra vida está limitada por nuestras elecciones. Cuando nos arrodillamos ante él en oración, él respeta nuestra decisión de que él intervenga en nuestra vida más plenamente. Su Espíritu nos impresiona y nos convence antes de orar, pero su Espíritu nunca nos llenará ni nos capacitará hasta que oremos.

Lea con oración los siguientes pasajes bíblicos. Reclámelos como propios. Presente estas promesas divinas al Señor creyendo que él cumplirá su Palabra.

PROMESAS DIVINAS

- “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Luc. 11:13).
- “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre” (Juan 14:16).
- “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26).
- “Pedid, y se os dará; buscad, y

La oración abre nuestro corazón para hablar con Dios así como lo haríamos con un amigo íntimo o un compañero.

hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Mat. 7:7, 8).

- “El cielo está lleno de luz y fortaleza y nosotros podemos tomar de ello si lo deseamos. Dios está esperando derramar su bendición sobre nosotros tan pronto como nos acerquemos a él y, mediante una fe viva, nos aferremos de sus promesas. Dice que está más dispuesto a dar su Espíritu Santo a los que se lo pidan que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos. ¿Le tomaremos la palabra?” (*Historical Sketches*, p. 152).
- “El transcurso del tiempo no ha cambiado en nada la promesa de despedida de Cristo de enviar el Espíritu Santo como su representante. No es por causa de alguna restricción

Estamos viviendo en un tiempo especial de la historia humana. Todo el Cielo nos invita a aferrarnos de las promesas del Todopoderoso. Dios anhela hacer algo especial por su iglesia ahora.

de parte de Dios por lo que las riquezas de su gracia no fluyen a los hombres sobre la tierra. Si la promesa no se cumple como debiera, se debe a que no es apreciada debidamente. Si todos lo quisieran, todos serían llenados del Espíritu. Dondequiera la necesidad del Espíritu Santo sea un asunto en el cual se piense poco, se ve sequía espiritual, oscuridad espiritual, decadencia y muerte espirituales. Cuandoquiera que los asuntos menores ocupen la atención, el poder divino que se necesita para el crecimiento y la prosperidad de la iglesia, y que traería todas las demás bendiciones en su estela, falta, aunque se ofrece en infinita plenitud” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 41).

- “Mañana tras mañana, cuando los heraldos del evangelio se arrodillan delante del Señor y renuevan sus votos de consagración, él les concede la presencia de su Espíritu con su poder vivificante y santificador. Y al salir para dedicarse a los deberes diarios, tienen la seguridad de que el agente invisible del Espíritu Santo los capacita para ser colaboradores juntamente con Dios” (*Los hechos de los apóstoles*, pp. 45, 46).
- “Pero cerca del fin de la siega de la tierra se promete una concesión especial de gracia espiritual, para preparar a la iglesia para la venida del Hijo del hombre. Este derramamiento

del Espíritu se compara con la caída de la lluvia tardía; y en procura de este poder adicional, los cristianos han de elevar sus peticiones al Señor de la mies ‘en la sazón tardía’. En respuesta, ‘Jehová hará relámpagos, y les dará lluvia abundante’ (Zac. 10:1)” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 45).

Estamos viviendo en un tiempo especial de la historia humana. Todo el Cielo nos invita a aferrarnos de las promesas del Todopoderoso. Dios anhela hacer algo especial por su iglesia ahora. Nos invita a buscarlo con todo nuestro corazón para recibir el poder de su Espíritu Santo en la lluvia tardía para la terminación de su obra en la tierra. ¿Orarás fervientemente



para reclamar sus promesas? ¿Animarás a otros para que se unan a ti en oración por el derramamiento del Espíritu Santo? ¿Reordenarás ahora tus prioridades para pasar más tiempo con Jesús en oración?

SECCIÓN 2

Reflexionemos en el consejo divino

Lea atentamente la porción que sigue de *El Deseado de todas las gentes*, páginas 622-626.

Antes de ofrecerse como víctima para el sacrificio, Cristo buscó el don más esencial y completo que pudiese otorgar a sus seguidores, un don que pudiese a su alcance los ilimitados recursos de la gracia. Dijo: “Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vo-

El Espíritu Santo es el representante de Cristo, pero despojado de la personalidad humana e independiente de ella.

sotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no lo ve, ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Juan 14:16-18).

Antes de esto, el Espíritu había estado en el mundo; desde el mismo comienzo de la obra de redención había estado moviéndose en los corazones de los hombres. Pero

mientras Cristo estaba en la tierra, los discípulos no habían deseado otro ayudador. No sería hasta verse privados de la presencia de Jesús que sentirían su necesidad del Espíritu, y entonces vendría.

El Espíritu Santo es el representante de Cristo, pero despojado de la personalidad humana e independiente de ella. Estorbado por la humanidad, Cristo no podía estar personalmente en todo lugar. Por tanto, convenía a sus discípulos que fuese al Padre y enviase el Espíritu como su sucesor en la tierra. Entonces nadie podría tener ventaja alguna por causa de su situación o contacto personal con Cristo. Por medio del Espíritu, el Salvador sería accesible a todos. En este sentido estaría más cerca de ellos que si no hubiese ascendido a lo alto.

“El que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él”. Jesús leía el futuro de sus discípulos. Véía a uno llevado al cadalso, otro a la cruz, otro al destierro entre las solitarias rocas del mar, otros a la persecución y la muerte. Los animó con la promesa de que en toda prueba estaría con ellos. Esta promesa no ha perdido nada de su fuerza. El Señor sabe todo lo relativo a los fieles siervos suyos que por su causa están en la cárcel o desterrados en islas solitarias. Él los consuela con su propia presencia. Cuando por causa de la verdad el creyente está frente a tribunales inicuos, Cristo está a su lado. Todos los oprobios que caen sobre él, caen sobre Cristo. Cristo vuelve a ser condenado en la per-



En toda ocasión y todo lugar, en todas las tristezas y aflicciones, cuando la perspectiva parece sombría y el futuro nos deja perplejos, y nos sentimos impotentes y solos, se envía el Consolador en respuesta a la oración de fe.

sona de su discípulo. Cuando uno está encerrado entre las paredes de la cárcel, Cristo cautiva el corazón con su amor. Cuando uno sufre la muerte por causa suya, Cristo dice: “Yo soy... el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por siglos de siglos... Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Apoc. 1:18). La vida sacrificada por mí es preservada para la gloria eterna.

En toda ocasión y todo lugar, en todas las tristezas y aflicciones, cuando la perspectiva parece sombría y el futuro nos deja perplejos, y nos sentimos impotentes y solos, se envía el Consolador en respuesta a la oración de fe. Las circunstancias pueden separarnos de todo amigo terrenal, pero ninguna circunstancia ni distancia puede separarnos del Consolador celestial. Dondequiera que estemos, adondequiera que vayamos, siempre está a nuestra diestra para respaldarnos, sostenernos, levantarnos y animarnos.

Los discípulos todavía no comprendían las palabras de Cristo en su sentido espiritual, y él volvió a explicarles su significado. Por medio del Espíritu, dijo, se manifestaría a ellos. “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas

las cosas”. Ya no dirán: “No puedo comprender”. Ya no verán oscuramente como por un espejo. Podrán “comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (Efe. 3:18, 19).

Los discípulos debían dar testimonio de la vida y obra de Cristo. A través de sus palabras él habría de hablar a todos los pueblos sobre la faz de la tierra. Pero en la humillación y muerte de Cristo iban a sufrir gran prueba y chasco. Con el fin de que después de esto la palabra de ellos fuese exacta, Jesús prometió con respecto al Consolador: “Os recordará todo lo que yo os he dicho”.

Continuó: “Aún tengo muchas cosas que decir, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber”. Jesús había abierto delante de sus discípulos una vasta extensión de la verdad. Pero les era muy difícil diferenciar sus lecciones de las tradiciones y máximas de los escribas y fariseos. Habían sido

educados para aceptar las enseñanzas de los rabinos como la voz de Dios, y eso aún dominaba sus mentes y amoldaba sus sentimientos. Las ideas terrenales y las cosas temporales todavía ocupaban mucho lugar en sus pensamientos. No entendían la naturaleza espiritual del reino de Cristo, aunque él se los había explicado tantas veces. Sus mentes se habían confundido. No comprendían el valor de las Escrituras que Cristo presentaba. Muchas de sus lecciones parecían no hallar cabida en sus mentes. Jesús vio que no comprendían el verdadero significado de sus palabras. Compasivamente les prometió que el Espíritu Santo les recordaría esos dichos. Y había dejado sin decir muchas cosas que no podían ser comprendidas por los discípulos. Estas también les serían reveladas por el Espíritu. El Espíritu habría de vivificar su entendimiento para que pudiesen apreciar las cosas celestiales. Jesús dijo: “Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad”.

El Consolador es llamado el “Espíritu de verdad”. Su obra consiste en definir y mantener la verdad. Primero mora en el corazón como el Espíritu de verdad, y así llega a ser el Consolador. Hay consuelo y paz en la verdad, pero no se puede hallar verdadera paz ni consuelo en la mentira. Por medio de falsas teorías y tradiciones es como Satanás obtiene su poder sobre la mente. Induciendo a los hombres a adoptar normas falsas, deforma el carácter. El Espíritu Santo habla a la mente y graba la verdad en el corazón a

través de las Escrituras. Así expone el error y lo expulsa del alma. Es por medio del Espíritu de verdad, obrando a través de la Palabra de Dios, como Cristo subyuga a sí mismo a su pueblo escogido.

Al describir a sus discípulos la obra interior del Espíritu Santo, Jesús trató de inspirarlos con el gozo y la esperanza que alentaba su propio corazón. Se regocijaba por causa de la ayuda abundante que había provisto para su iglesia. El Espíritu Santo era el más elevado de todos los dones que podía solicitar de su Padre para la exaltación de su pueblo. El Espíritu iba a ser dado como un agente regenerador, y sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil. El poder del mal se había estado fortaleciendo durante siglos, y la sumisión de los hombres a ese cautiverio satánico era asombrosa. El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por medio de la poderosa intervención de la Tercera Persona de la Deidad, quien iba a venir no con energía modificada, sino en la plenitud del poder divino. El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo. Por medio del Espíritu es purificado el corazón. El creyente llega a ser participante de la naturaleza divina a través del Espíritu. Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal heredadas y cultivadas, y para imprimir su propio carácter en su iglesia.

Acerca del Espíritu, Jesús dijo: “Él me glorificará”. El Salvador vino para glorificar al Padre por medio

de la demostración de su amor; así el Espíritu iba a glorificar a Cristo por medio de la revelación de su gracia al mundo. La misma imagen de Dios debe reproducirse en la humanidad. El honor de Dios, el honor de Cristo, está comprometido en la perfección del carácter de su pueblo.

“Cuando él [el Espíritu de verdad] venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”. La predicación de la Palabra sería inútil sin la continua presencia y ayuda del Espíritu Santo. Este es el único maestro eficaz de la verdad divina. Únicamente cuando la verdad vaya al corazón acompañada por el Espíritu vivificará la conciencia o transformará la vida. Alguien podría ser capaz de presentar la letra de la Palabra de Dios, podría estar familiarizado con todos sus mandamientos y promesas; pero a menos que el Espíritu Santo grabe la verdad, ningún alma caerá sobre la Roca y será quebrantada. Ningún grado de educación ni ventaja alguna, por grande que sea, puede hacer de alguien un canal de luz sin la cooperación del Espíritu de Dios. La siembra de la semilla del evangelio no tendrá éxito a menos que esa semilla sea vivificada por

Únicamente cuando la verdad vaya al corazón acompañada por el Espíritu vivificará la conciencia o transformará la vida.

el rocío del cielo. Antes de que un solo libro del Nuevo Testamento fuese escrito, antes de que se hubiese predicado un sermón evangélico después de la ascensión de Cristo, el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles que oraban. Entonces el testimonio de sus enemigos fue: “Habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina” (Hech. 5:28).

Cristo prometió el don del Espíritu Santo a su iglesia, y la promesa nos pertenece a nosotros tanto como a los primeros discípulos. Pero como toda otra promesa, se nos da bajo condiciones. Hay muchos que creen y profesan aferrarse a la promesa del Señor; hablan acerca de Cristo y acerca del Espíritu Santo, y sin embargo no reciben beneficio alguno. No entregan su alma para que sea guiada y regida por los agentes divinos. No podemos usar al Espíritu Santo. El Espíritu ha de usarnos a nosotros. Por medio del Espíritu obra Dios en su pueblo “así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil. 2:13). Pero muchos no quieren someterse a eso. Desean manejarse a sí mismos. Esta es la razón por la cual no reciben el don celestial. El Espíritu se da únicamente a quienes esperan humildemente en Dios, a quienes velan por su dirección y gracia. El poder de Dios aguarda que ellos lo pidan y lo reciban. Esta bendición prometida, reclamada por medio de la fe, trae todas las demás bendiciones en su estela. Se da según las riquezas de la gracia de Cristo, y él está listo para proporcionarla a toda alma según su capacidad para recibirla. 🔥